

## e. haro tecglen

de un golpe de Estado que pende siempre sobre aquel país y que se haría patente si las nuevas formas del comunismo de Berlinguer llegaran a una alianza con los socialistas y otras fuerzas de la izquierda y batieran a la democracia cristiana y la derecha. Cualquiera sospecha de neutralismo o de distanciamiento de la OTAN, como la que empezó De Gaulle —y débilmente sostiene Pompidou—, podrían precipitar la solución golpista.

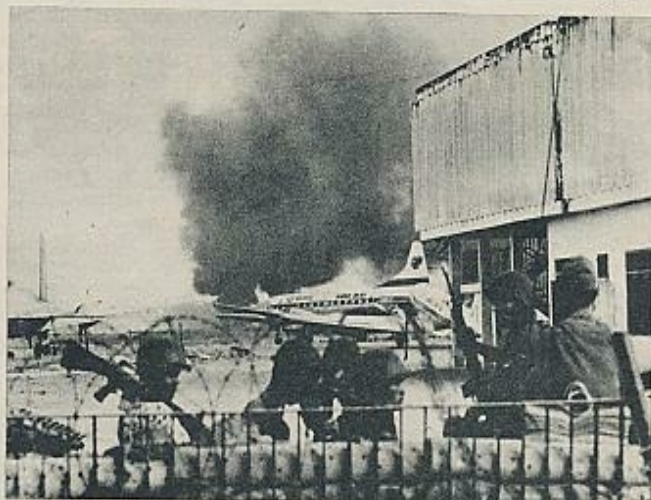
LOS Estados Unidos —la OTAN— están reforzando velozmente sus posiciones en toda la zona. Las razones son obvias. La importancia creciente de la flota soviética en el Mediterráneo, los pozos de petróleo, el canal de Suez, los Dardanelos, la presencia soviética —ésta, decreciente— en la orilla árabe, el cuidado de la ancha frontera Sur de la URSS, son razones muy visibles. La OTAN está cumpliendo la misión militar para la que nació. Lo que inquieta es que para ello haya tenido que llegar a una torsión de sus fines políticos, que, teóricamente, eran los que justifican la acción armada. Se lee con cierto asombro, ahora, el Tratado del Atlántico Norte, firmado en Washington el 4 de abril de 1949. Su preámbulo dice que los países firmantes están «determinados a salvaguardar la libertad de sus pueblos, su herencia común y su civilización, fundadas sobre los principios de la democracia, las libertades individuales y el reino del Derecho», y se preocupan por «favorecer en la región del Atlántico Norte el bienestar y la estabilidad». Salvada fácilmente y sin discusión la aberración geográfica de considerar el Levante mediterráneo como parte de la región del Atlántico Norte, es, sin embargo, más difícil de salvar la idea de que algunos de los regímenes favorecidos y sostenidos por la OTAN en el curso de esta operación representen en lo más mínimo la existencia de formas tradicionales de democracia y de libertades individuales, y mucho menos el bienestar y el reino del Derecho.

PARACE que, por el contrario, cada vez que uno de estos pueblos intenta reanudar sus tradiciones democráticas —cuando Turquía se sacudió el pesado y sangriento yugo de la dictadura de Menderes, cuando en Grecia se anunciaban unas elecciones generales que llevarían al poder inevitablemente al viejo demócrata parlamentarista Papandreu, cuando los países árabes terminaban una larga y dañina etapa colonial—, parece que el escudo de la OTAN cae pesadamente sobre él y le deja sin opciones, y cae directa o indirectamente.

LA última actualidad griega parece presentar algunos de esos perfiles característicos. El general Zoitakis, regente, parecía haber creído firmemente en el papel que se le había asignado, y en tanto que jefe de Estado se negaba a ratificar algunas leyes que le parecían contrarias a la Constitución —notese bien que la referencia es la Constitución de los propios creadores de este régimen—, y pretendía contener algunas de las depuraciones periódicas, sobre todo entre las filas de los oficiales jóvenes. Zoitakis, viejo monárquico, pretendía suavizar las condiciones del país para conseguir un regreso del Rey Constantino y, por lo tanto, un puente sobre la legalidad anterior. En torno a este conservador pulcro comenzaban a reunirse ciertas fuerzas políticas y, dicen, numerosos elementos militares, sobre todo jóvenes. A mediados de marzo, un grupo de 167 parlamentarios —del antiguo Parlamento, evidentemente—, procedentes de los partidos moderados y conservadores, hicieron una declaración en la que se manifestaban dispuestos a crear un Gobierno democrático; se dice que su programa había merecido la aprobación del Rey en el exilio. ¿Podrían haber favorecido los Estados Unidos, la OTAN, estas fuerzas conjuntas de Zoitakis desde el puesto de regente del Rey Constantino como garantía del regreso a la normalidad anterior de los parlamentarios como ayuda política? ¿Hubiera supuesto esta ayuda una forma primordial de cumplir los propósitos fundacionales de la OTAN? ¿Por el contrario, este nuevo régimen hubiese contribuido a la demolición del escudo defensivo de la OTAN y de la frontera imperial de Estados Unidos en Levante? Las respuestas que Nixon y sus consejeros hayan podido dar a estas preguntas han debido ser muy distintas de las que, con cierta lógica ingenuista, podríamos apuntar desde aquí, porque, apenas estos factores en marcha, Papadopoulos los ha rasgado con su toma de poder personal, con un paso más hacia la destrucción de la monarquía constitucional que ahora propugnaba Constantino, y, casi en el acto —una semana después— recibe no sólo los 36 «Phantoms» y algo así como un cincuenta por ciento de aumento en la ayuda militar. Este apoyo a los Gobiernos más duros de la zona no deja de recordar una política que parecía pasada, y que consistió en sostener tiranos en todas las zonas fronterizas imperiales, asiáticas, americanas o africanas, muchos de ellos cayeron en motines o revoluciones, otros tuvieron que irse al exilio. Y con ellos cayó en el mundo el prestigio político que los americanos habían creído ganar durante la segunda guerra mundial. La lección no parece haber sido suficientemente aprendida. La doctrina Kennedy —que tendía precisamente a reemplazar aquellos fracasos por una política de contención a base de la restauración de las libertades, enlazando así con los olvidados propósitos de Roosevelt— tuvo escasa vigencia.

## LA OFENSIVA DE ABRIL

### VIETNAM: MOMENTOS DECISIVOS



El aeropuerto de Phnom Penh, capital de Camboya, bajo los efectos del bombardeo norvietnamita, el pasado 21 de marzo.

¿Coinciden las ofensivas militares vietnamitas con los años presidenciales de los Estados Unidos? Los famosos ataques de las fiestas del Tet de 1968 —todo el mes de febrero: ocupación de varias ciudades, asalto y toma de la Embajada-fortaleza de los Estados Unidos en Saigón— consiguieron trascendentales resultados políticos: el 31 de marzo, Johnson anunció la suspensión de los bombardeos en Vietnam del Norte y, simultáneamente, su retirada de la campaña electoral (prácticamente, su dimisión); el 13 de mayo se iniciaban las conversaciones de paz en París.

Estamos ahora, cuatro años después, también en año electoral americano, en los primeros días de una gran ofensiva vietnamita. No es posible saber —aunque todo parece indicarlo así— si se trata de una operación de envergadura máxima; no sabemos cuál va a ser su éxito. La coyuntura en que se produce es especialmente mala para Estados Unidos. Acaban estos de suspender las conversaciones de paz de París por considerarlas infructuosas, mientras los vietnamitas insisten en continuarlas; la responsabilidad de la ruptura caerá sobre Nixon. Toda la campaña presidencial se basa en la extracción de tropas de su país del Vietnam y en una promesa de resolver el amplio problema de su presencia en Asia. Si se ve obligado a emplear los cien mil hombres que aún están en el Vietnam, generalmente en bases de retaguardia, y comienzan a publicarse nuevas listas de bajas del cuerpo expedicionario, habrá confesado que la política llamada de vietnamización ha fracasado, y esta política no es sólo el eje de su reelección, sino que lo

fué de su campaña de hace cuatro años y de toda su justificación en la presidencia. Si no lo hace, es posible que la ofensiva dé cuenta de las tropas de Saigón en quienes debe reposar la defensa, y la situación se convierte rápidamente en catastrófica, lo cual sería también un fracaso de la vietnamización por el otro extremo. La ayuda militar más importante que podrían prestar ahora los Estados Unidos a los Ejércitos de Saigón sería la aérea, pero el mal tiempo —naturalmente, la ofensiva ha sido lanzada en el momento meteorológico conveniente— tiene clavados en el suelo a los aviones de Estados Unidos, que sólo pueden intervenir en operaciones aisladas.

La opción contraria es también posible: que Saigón sepa resistir y la ofensiva se disuelva o fracase. Evidentemente, los resultados serían inversos y Nixon partiría como una flecha a la presidencia. Las noticias actuales no son favorables a esta idea. Las tres divisiones principales de que consta la ofensiva —entre ellas la famosa 308, que infligió a los franceses la derrota de Dien Bien Fu— están avanzando veloz y seguramente, ocupando ciudades y amenazando otras, sin más enemigo delante que una desbandada de los sorprendidos defensores.

En 1968 la espectacular ofensiva del Tet cambió claramente el curso de la guerra, estableció en los Estados Unidos la idea, hasta entonces inadmisiblemente, de que la guerra podría ser perdida y la de que no había posibilidad real de una victoria militar. La ofensiva de 1972 puede tener un carácter decisivo en un sentido o en otro.